

Capítulo 48 - — Curiosidad no Resuelta — Una Guía Práctica de la Hechicería [Libros 1- 4, Actualización de Julio 3]

- Capítulo 48 - — Curiosidad no Resuelta — Una Guía Práctica de la Hechicería [Libros 1-4, Actualización de Julio 3]

Capítulo 48 - — Curiosidad no Resuelta — Una Guía Práctica de la Hechicería [Libros 1-4, Actualización de Julio 3]

Sebastián

Día 14, Mes 12, lunes, 9:00 a.m.

Después de deshacerse de las pertenencias de Ennis, Sebastián pasó la noche estudiando, permitiendo que sus facultades de lanzar magia descansaran, salvo por un solo uso de la barrera de adivinación contra un intento de uso de la esfera de vidrio. Los oficiales parecían intentar en momentos aleatorios, esperando sorprenderla, pero gracias a cómo funcionaba la barrera, ésta comenzaba a cubrirla incluso sin su ayuda consciente, y la sensación punzante en su piel cuando se activaba era imposible de ignorar o dormir con ella.

Tras unos días de investigación, decidió que la mejor opción era una adivinación basada en mapas. Su sangre casi seguramente estaba en la base de los oficiales, y Oliver dudaba de su capacidad para acceder a ella. Pero eso simplemente no era aceptable. Tenía que haber una forma de resolver el problema, y localizar la posición de su sangre era el primer paso para lograrlo.

El hechizo que finalmente eligió tenía como objetivo determinar con precisión la ubicación de la parte separada de su sangre en un mapa. Con múltiples lanzamientos, podría usar mapas más detallados y cercanos para determinar su posición con cada vez mayor exactitud. Cuando supiera exactamente dónde estaba, podría destruirla.

‘Quizá podría enviar un cuervo mensajero de Lino-Wharton con una poción explosiva, o hacer que mi sangre escape de su confinamiento con un hechizo telequinésico, o incluso pedir ayuda a Liza con un hechizo de intercambio o algo así. Es imposible que puedan protegerse contra todo.’

También ayudaba que el hechizo de localización en mapas no requiera componentes excesivamente caros, salvo por un pequeño frasco de mercurio y un ojo de águila.

El fin de semana, Sebastián compró ingredientes de alquimia en el Mercado de Waterside otra vez —lo cual Oliver le reembolsó— junto con los ingredientes para el hechizo de adivinación —que tuvo que pagar ella misma—. Luego pasó casi todo el fin de semana preparando pociones para los Robles, con la esperanza de pagar al menos parte del interés de su deuda. Se concentró en las pociones más intensivas que necesitarían los enforcers de Oliver, como el filtro de oscuridad y la poción de resurrección, así como la de coagulación de la sangre, que podía producir en mayor cantidad en un solo lote. Cada enforcer debería tener al menos dos.

Aunque no podía canalizar grandes cantidades de energía a través de su nuevo Conducto, todavía podía hacer pociones en lotes más pequeños. Estas valían más que muchas de las pociones de uso común vendidas en la pequeña tienda de alquimia del Roble Verde, y en algunos lotes preparó una dosis extra para ella misma, así que aun así salió beneficiada.

Probablemente, conseguir que le devolvieran su sangre de los oficiales requeriría una combinación de dinero y poder, ninguno de los cuales poseía en ese momento. Recuperar su sangre, como encontrar una solución a su problema de sueño, sería probablemente un proyecto a largo plazo.

Una semana después de que los sirenas mágicas rebeldes activaran su magia, los oficiales emitieron un comunicado sobre la causa. La fuente había sido, en efecto, un Aberrante.

Aparentemente, una prostituta había intentado lanzar un hechizo de atracción ilegal y peligroso, y había llegado a corromper su Voluntad. Se quebró ante la tensión y se convirtió en una bestia rabiosa de maldad. La Guardia Roja había enfrentado fácilmente al Aberrante, y no quedaban efectos residuales ni peligros.

Todos hablaban de ello aquel lunes en Introducción a las Magias Modernas. Había muchas chismes y especulaciones, pero pocos detalles concretos. Siendo lo más amable posible, Sebastián incluso preguntó a Damien Westbay: “¿Es esa toda la historia? ¿Has oído algún otro detalle?”

Su semblante se iluminó visiblemente bajo su atento y curioso mirada. “Mi hermano me escribió que el hechizo que intentaba hacer era una magia nueva, algo que improvisó tratando de hacer más de una cosa a la vez. Al parecer, ella tenía un rostro deformado, por lo que recurrió a la magia con desesperación para atraer clientes,” afirmó.

“¿Cuáles eran las habilidades del Anómalo?” preguntó ella. “Supongo que algún efecto de seducción, ¿verdad?” Generalmente, los Anómalos estaban relacionados con la magia que el taumaturgo había estado lanzando cuando fallaban.

Westbay negó con pesar. “No lo sé. No entró en detalles. Podría escribirle y preguntarle, si quieres.”

Sebastián vaciló, sopesando la opción, pero negó con la cabeza. Lo último que quería era que el líder de la policía supiera su nombre o cualquier otra cosa sobre ella. “No, está bien. Gracias, aunque,” susurró, con sus pensamientos volviendo hacia su interior.

Westbay sonrió como si hubiera recibido algún premio importante.

La profesora Lacer quizás también supiera algo, si las especulaciones sobre su pasado vínculo con la Guardia Roja eran ciertas, pero ella temía pedirle cotilleos.

El profesor Burberry interrumpió el interés de los alumnos para presentar su proyecto semanal: un hechizo que cambiaba de color. Se catalogó como un hechizo de transmogrificación, y a todos se les entregaron media docena de objetos en colores brillantes para usarlos como componentes, además de un pequeño frasco de orina de yak, conocida por su capacidad para mantener los tintes con colores duraderos. Iban a lanzar el hechizo sobre un ratón blanco con la intención de superar su resistencia natural y modificar el color de su pelaje.

El resto del grupo de Westbay, amigos de la familia Crown, había comenzado a interactuar con Sebastián con mayor frecuencia, probablemente impulsados por la repentina amabilidad que Westbay mostró hacia ella. Se sentaron a su alrededor, Ana a un lado y Rhett Moncrieffe al otro, con el resto del grupo distribuidos cerca. Tras un breve asentimiento silencioso hacia Sebastián, Moncrieffe se volvió hacia la linda chica a su lado, quien enrojeció bajo la atención que le dedicaba. Sebastián sintió alivio de que él no fuera tan insistente como Westbay.

Mientras la profesora Burberry explicaba con detalle el hechizo de cambio de color, Waverly Ascott intentaba leer un libro sobre invocaciones debajo de la mesa, mientras Brinn Setterlund, con cuidado, la cubría y le avisaba cuando debía fingir que prestaba atención al profesor.

Cuando llegó el momento de lanzar el hechizo, Ascott logró hacerlo sin mayores dificultades a pesar de su distracción, y volvió a su lectura secreta, su cabello negro liso desplazándose hacia adelante para ocultar su rostro.

Ana captó la dirección de la mirada de Sebastián y se inclinó un poco para susurrar, “A ella no le agrada Burberry porque Burberry tiene prejuicios contra las brujas.”

Ahora que Ana lo mencionó, Sebastián se dio cuenta de que había insinuaciones de ello en las clases de Burberry. Los hechiceros reinaban en la mente de su profesora. “Pero... ¿Waverly es una hechicera?” susurró Sebastián, volver a dirigir sus ojos hacia el ratón en la jaula, cuyo pelaje se suponía que debía cambiar de color.

“Por ahora, sí. La familia Ascott no aprueba sus intereses, pero ella se prepara para hacer un contrato con un poderoso Elemental. Lo habrá conseguido en cuanto terminemos en la Universidad, si no antes.”

Sebastián sintió curiosidad y reconoció que respetaba ese tipo de pasión, aunque ella misma prefería el control personal de la hechicería. En lugar de un conducto de celerio, las brujas canalizaban la magia a través de sus familiares vinculados, que podían ser bestias mágicas domesticadas, criaturas o incluso seres sapientes invocados de uno de los Planos Elementales. Había menos probabilidades de que una bruja perdiera el control o enloqueciera por la tensión de voluntad, ya que su familiar asumía parte de la carga del hechizo y siempre resultaba más fácil lanzar conjuros dentro del ámbito natural de la magia del familiar. Sin embargo, los hechizos antitéticos a las capacidades naturales del familiar serían más complejos.

Las brujas renunciaron a la versatilidad en favor del poder concentrado y la seguridad. Y, para algunas brujas, quizás también por compañía.

Sebastián volvió su atención a su propia hechicería, pero fue nuevamente distraído cuando Alec Gervin vociferó a la ayudante estudiantil que se apoyaba en su hombro.

“¡Hice exactamente lo que me dijiste! Tú estás complicando la explicación. Es inútil, no puedo trabajar contigo. Envía al otro muchacho,” dijo, dirigiendo la cabeza con desdén hacia la otra ayudante estudiantil.

La ayudante pareció sorprendida, pero Gervin se mantuvo firme y consiguió lo que quería.

Para sorpresa de Sebastián, Westbay llamó a la ayudante reprendido y le pidió disculpas en susurros por su amigo.

Sebastián gruñó con disgusto. “Sorprendente, que tú y él compartan el mismo apellido,” murmuró a Ana.

Ana sonrió con modestia, manteniendo la vista en su ratón, que se acurrucaba en la esquina de su pequeña jaula. “Alec nunca aprendió la finura. Reprobó varias clases y teme lo que sucederá cuando la Familia lo descubra. Su padre, mi tío, es un hombre terrible. No tengo un cariño especial por Alec, pero lo mejor es pensar en él como en un perro maltratado. Ladra a los extraños porque su amo lo golpea,” dijo, con una sonrisa torcida, algo maliciosa. “De muchos modos, es como un perro.”

‘Eso no es excusa,’ pensó Sebastián, aunque ella también sonreía con picardía.

Pero, mientras salían de la clase, Sebastián rozó a Gervin, quien aún fruncía el ceño con sus cejas negras y espesas. “Nuestro ayudante estudiantil, Newton Moore, ofrece tutorías pagadas,” susurró a Gervin. “Me enseñó un hechizo y su explicación me pareció muy clara. Quizá prefieras trabajar con él,”. Alec Gervin podía permitírselo, y, según lo que había aprendido, Newton también necesitaba la remuneración.

Gervin la miró con recelo, pero ella ya lo estaba adelantando, haciendo pasillo.

El martes, después de Ciencia Compasiva, Sebastián se quedó a hablar con el profesor Pecanty mientras los demás estudiantes se despedían.

“¿En qué puedo ayudarte, joven?” preguntó con esa entonación musical que hacía que cualquiera de sus palabras pareciera poesía.

“Tengo un par de preguntas sobre transmogrificación.” Pecanty asintió, por lo que ella continuó rápidamente. “¿Realmente importa bajo qué condiciones se reúnen los componentes? ¿Cuál es la diferencia entre el rocío de la mañana antes de que salga el sol o después? ¿O entre el rocío y un poco de vapor de una caldera hirviendo?”

La sonrisa amistosa de Pecanty desapareció, y pareció inflarse un poco. “Creo que aún eres muy joven para cuestionar los logros en comprensión de quienes te precedieron. Seguramente puedes ver que las propiedades intrínsecas del rocío de la mañana difieren mucho del vapor de tu caldera. Esto es Ciencia Simpática, Señor Siverling. Si aún deseas poner en duda la experiencia mía y de quienes llenamos nuestra biblioteca con libros sobre el tema, por favor espera a ser Maestro en artes mágicas antes de hacerlo.”

Los hombros de Sebastián se tensaron, y su barbilla se levantó sin querer, aunque sabía que no era prudente desafiar a un profesor claramente poco impresionado por ella. “Y, ¿qué hay de los diferentes tipos de transmogrificación? La profesora Lacer los mencionó. Algunos consisten en copiar una plantilla, otros en ideas tan vagas que son inalcanzables. ¿Se reconocen oficialmente las diferencias entre los distintos tipos? Nunca oí hablar de ello,” preguntó.

“Todo transmogrificación es igual. Si no entiendes, es porque tu base es inconsistente y débil. La comprensión se construye sobre aprendizajes previos y suficiente práctica hasta que el sentir se vuelva instintivo. Si eres demasiado impaciente para dedicar el esfuerzo a largo plazo sin sucumbir a la necesidad de encasillar y ordenar el mundo en pequeñas categorías, nunca avanzarás más allá de preguntas triviales sin respuesta. Ve ahora, joven, e intenta ver la belleza en el libro de poemas que te asigné, en lugar de analizar cada palabra en busca de una definición técnica. Créeme, este tipo de cuestionamientos no te hará bien en mi clase ni en esta disciplina,” declaró, haciendo un gesto con la mano y dándose la vuelta con gesto de desprecio.

El corazón de Sebastián latía con fuerza en sus oídos, y sentía que sus mejillas se ruborizaban con el flujo de sangre. Apretando la mandíbula con firmeza para no hablar, salió del aula y subió al segundo piso, donde recientemente había hallado una sala apartada que había sido utilizada como depósito para las clases opcionales de arte. Allí había una mesa de piedra vieja, con un círculo tallado que en su momento fue un artefacto cuyas magias protegían la superficie de la lluvia y los elementos. Ahora, sin energía y completamente ordinaria—probablemente por eso la abandonaron—, era la ayuda perfecta para practicar su hechizo de corte de telas en una de las paredes. Dejó huellas leves en la piedra blanca hasta que su ira disminuyó y se convirtió en cenizas, en lugar de un fuego que devorara su racionalidad.

Tosió, guardó la mesa plegable y dispuso un hechizo para practicar la adivinación simpática. ‘Es hora de encontrar mi sangre.’